

ediciones**carena**

Primera edició: juliol de 2015

© Ceneta Pi i Vendrell
© Ediciones Carena-Acidalia
c/ Alpens, 8
08014 Barcelona
Tel. 934 310 283
www.edicionescarena.com
info@edicionescarena.com

Disseny coberta: Davinia Martín
Il·lustració de portada: Javier Mariscal - www.mariscal.com
Col·lecció de narrativa
Maquetació: Elena Serrano
ISBN: 978-84-16418-26-8
Dipòsit legal: B 20148-2015

Sota les sancions establertes per les lleis, queden rigorosament prohibides, sense l'autorització per escrit dels titulars del copyright, la reproducció total o parcial d'aquesta obra per qualsevol mitjà o procediment mecànic o electrònic, actual o futur —incloent les fotocòpies i la difusió a través d'Internet— i la distribució d'exemplars d'aquesta edició mitjançant lloguer o préstec públic.

Cent trenta-sis dies al niu del cucut

**Raptat per error administratiu,
tornat a raptar per error judicial.
Podeu deixar de “protegir-me”?**

CENETA PI

Agraïm al dissenyador Javier Mariscal la cessió desinteressada de la il·lustració de la portada.

*Los niños comienzan por amar a sus padres.
Cuando ya han crecido, los juzgan, y, algunas veces, hasta los perdonan.*
Oscar Wilde

*La infancia tiene sus propias maneras de ver, pensar y sentir;
nada hay más insensato que sustituirlas por las nuestras.*
Jean-Jaques Rousseau

PRÒLEG

Cuando hablamos de la infancia

Cuando hablamos de la infancia, los adultos nos llenamos la boca de palabras rebosantes de paternalismo: los niños tienen derechos; los niños se han de proteger; los niños no son culpables de la situación de los adultos, etc. Y todos los intervinientes en la vida de los niños creen que son los responsables del bienestar de los mismos. ¡Qué gran equivocación!

Lo cierto es que los únicos responsables de la vida, educación y formación de los hijos son los padres, y solo cuando ellos están totalmente incapacitados para hacerse cargo de sus hijos operan los mecanismos de sustitución de los padres. Pero no son más que situaciones que deben tender a la provisionalidad (no es un fin en sí mismo) y sustitutivos de los padres, cuando resulte totalmente probado que los padres no pueden hacerse cargo de los hijos.

Y ¿ante quién hay que probar que los padres no son suficientemente cuidadores de sus hijos?

Para los adultos, cualquier incidencia que afecte a nuestra libertad, a nuestro patrimonio, a nuestro estado civil, lo tenemos que probar ante un juez, que nos dará, o no, la razón, en función de los hechos que podamos probar. No digo que la justicia sea la situación perfecta, ni mucho menos; es deficitaria en cuanto a los mecanismos de actualización a la sociedad a la que sirve; es lenta; no atiende a sentimientos ni deseos sino hechos...

Sin embargo, a la hora de emitir una resolución, en general, la justicia observa los elementos que se han probado y los que

no se han probado, y ante la duda no modifica (no condena) la vida de la gente. Hay que fijar los hechos, en función de las pruebas, y jamás al revés. Lo no probado, lo que se puede suponer, no existe para la justicia.

En el caso de la protección a la infancia, no es ante un juez que debemos probar la idoneidad o no del mantenimiento de la convivencia de un niño con su familia, sino ante equipos multidisciplinares que barajan otros elementos muy distintos que la justicia: los deseos, las suposiciones, las palabras y no los hechos... Y un etcétera que determina si el niño o la niña puede o no continuar la vida en su familia. Si se presume que existe una perturbación mental, pero no se prueba todavía; si se intuye que puede haber situaciones de desatención; si se presume que el menor puede estar en peligro, en definitiva, *in dubio pro reo* en los adultos, en los niños es al revés.

El niño será apartado de su familia y esta deberá “probar”, al cabo de seis meses, que se equivocó en sus percepciones el equipo multidisciplinar (no hay nunca un responsable). Si hay un riesgo para un niño “debe eliminarse el riesgo” y no apartar al niño de su entorno habitual; si existe una agresión, hay que apartar de su casa y de su vida al agresor y no a la víctima.

En aras del interés del menor, se le aparta de su familia, de su mundo, de su escuela, de su vida en general, y se le integra en una comunidad profesional, a la espera de que se resuelva el conflicto con los adultos. El niño, al que sus padres no protegen, pasa a participar de la vida de los centros de infancia, llevados por profesionales preparados. Pero ¿y el amor que necesita un niño, aunque se demuestre de una forma que no compartimos?, ¿estamos apartando al menor de un riesgo para nuestra tranquilidad o para protegerlo de peligros reales si continúa con su familia?

El mundo de la infancia produce, además de paternalismo, miedo. Tenemos miedo de que le suceda algo a un niño y de que no nos lo podamos perdonar si no ponemos los mecanismos para evitarlo. Tenemos miedo de que la sociedad nos culpabilice de lo que le sucede a un niño. Y para ello, los responsables de la protección a la infancia prefieren aislar al menor antes que sufrir el peso de la responsabilidad que supone mantenerlo en su entorno con el control en su familia. El control familiar es más costoso; es menos eficiente y requiere mayor profesionalidad pues no se rige por un horario sino por las necesidades de la familia.

Pero, ciertamente, no se aparta al menor de su entorno y se trabaja en la familia con el fin de eliminar los riesgos que impiden que los niños crezcan en su casa. No todos los progenitores educan y entienden la vida igual, pero cada uno tiene los suyos, con sus valores.

Solo cuando existe un peligro real, cierto y probado, debemos apartar al menor de su familia e ingresarlo en un centro. Hay que formar y ayudar a los padres, no imponer la separación como instrumento para que acepten las injerencias de terceros.

En un país como Catalunya, tener las cifras de niños que viven en centros y apartados de sus familias es probar que nuestra sociedad no funciona. Recuerda épocas de dictadura, en las que había que apartar de la calle a mendigos y maleantes con el fin de que no enturbiaran la vida ordinaria de la gente; mejor apartados que presentes. En el caso de los niños, mejor en un centro y bajo la tutela de profesionales de la educación, que asumir que los niños deben estar con sus padres y con los cuidadores. Estos se merecen del Estado la ayuda profesional para reeducarse en el bien de sus hijos; se les debe ayudar para que sean ellos los que eliminen los riesgos en el cuidado de sus

hijos. Y si se prueba que no son capaces, entonces deberemos acudir a la justicia a fin de que, ante las pruebas, decida con plenitud de facultades y con total objetividad.

Recuerdo una ocasión, llamando a protección de la infancia, en la que al pedir por una persona respondí que era la abogada del menor; quien estaba al otro lado del teléfono me respondió de forma airada que era ella la abogada del menor, al trabajar en protección de la infancia.

Tal confusión de roles debería ser eliminado de raíz. Es solo un ejemplo que pone de manifiesto qué fácil es cambiar los roles cuando hablamos de niños. Cada persona, cada niño, tiene derecho a un abogado, pero jamás la Administración ejercerá de abogado de una persona individual.

Sílvia Giménez-Salinas Colomer

Abogada, exdecana del Il·lustre Col·legi d'Advocats de Barcelona

–Gerard, fas deures?

–No. Escric un correu...

–Doncs deixa-li l’ordinador a la Berta, que ella sí que ha de fer deures, ha d’acabar un treball –diu.

–Però, mare...

–Si us plau, Gerard, ja n’hem parlat moltes vegades. Si algú té deures, té preferència per utilitzar l’ordinador –respon la Clara, amb to ferm però pausat.

En Gerard s’aixeca d’una revolada, remuga: “Sempre la Berta, sempre la Berta! La mimadeta!”

Surt de l’habitació de la Clara. Tanca amb un cop de porta.

–Què són aquests cops de porta, fill? Ara perquè fas això i et poses d’aquesta manera?

En Gerard no l’escolta; és més, ni la sent. Se’n va, passadís enllà, cridant i dient paraulotes. Quan arriba a la seva habitació, tanca la porta amb un altre cop sonor, es deixa anar, de mala manera, sobre el llit. Una llàgrima, dues, tres... No pot parar de plorar i de sanglotar.

La Clara s’espera cinc minuts i truca a la porta de l’habitació d’en Gerard:

–Que puc entrar?

En Gerard atura el plor i la respiració, però no contesta.

–Gerard, fill, podem parlar un moment?

En Gerard continua immòbil i mut. I suant.

–Puc entrar, sí o no?

–Entraaa. –Arrossega la veu apagada, en Gerard, i sense gaire esma, mentre s’eixuga les llàgrimes, amb el revers de la mà, precipitadament.

La Clara estalona el cul a la vora del llit d’en Gerard.

–Què et passa? Perquè t’has enfadat? Em sembla que t’ho he demanat bé, jo, que li deixessis l’ordinador a la Berta.

En Gerard nota que se li tornen a escapar les llàgrimes, irremeiablement. Agafa el coixí d'una revolada i es tapa la cara. Malda per evitar que la seva mare vegi que plora.

—Home, si et tapes la cara no podrem parlar —diu la Clara, amb veu dolça i intentant mantenir la calma, prenent-se un temps que no té.

És tard i encara ha de posar una rentadora i començar a fer el sopar. Però no pot deixar en Gerard d'aquesta manera. Ell no és així. És un noi que sol ser molt raonable, i molt tranquil. No entén perquè ha reaccionat d'aquesta manera.

—T'he dit que podies entrar, però no vull parlar. —Se sent, ofegada, la veu d'en Gerard.

—Entesos. Doncs sàpigues que jo sí que tinc ganes de parlar amb tu. Quan tu en tinguis ganes, m'ho dius, d'acord? Jo, entretant, poso una rentadora i, després, seré a la cuina fent el sopar. Tu hauries d'anar-te a dutxar, quan estiguis, pots venir a ajudar-me a la cuina o a fer-me companyia, i podem parlar, si ho vols. En acabat de sopar, tens permís per quedar-te una estona fent això tan important que havies de fer amb l'ordinador, encara que vagis a dormir més tard del compte. Entesos, bitxo pelut?

En Gerard no diu res. Roman immòbil. Aguanta l'asfíxia, aparentment impertèrrit, tot i que la calor és insuportable. Sent la cara amarada de suor i el coixí li aixafa les ulleres al front.

La Clara surt al safareig, posa la rentadora i se'n va cap a la cuina. Encén la ràdio, posa l'olla amb aigua al foc. Sempre que feineja escolta la ràdio. Al cap d'una mica, arriba, fet un cromó, el Gerard. Porta les galtes negres, resultants de la suma de la suor i de les llàgrimes multiplicada pel refrec de les mans brutes. Les ulleres tenen un tel de ditades considerable. S'acosta, amb els ulls encara humits.

La Clara li fa una abraçada llarga i estreta. No n'hi parla, de les llàgrimes. Sap que el Gerard no voldria que ella sabés que ha plorat. El coneix. És un noi molt noble, però li costa expressar els seus sentiments.

–Quines ulleres més brutes! –La Clara les hi agafa i les posa sota el raig d'aigua de l'aixeta, una punteta de sabó, les frega amb els dits i les esbaldeix. S'ajup per agafar un drap de cotó de l'armari de sota l'aigüera i les hi eixuga, enèrgicament, fins que queden ben transparents i llents—. Vas a la dutxa, guapo?

–M'haig de dutxar, o-bli-ga-tò-ri-a-ment?

Sí –diu la Clara rient—. Perquè sou tan marranets els nois de la teva edat? –afegeix.

En Gerard no intenta oposar-s'hi, sap que és inútil. Avui està molt cansat, fa molta calor. És la darrera setmana de l'escola d'estiu, el juliol ja s'acaba. Han fet una gimcana, el seu grup ha guanyat.

La Clara sent l'escalfador que s'ha engegat i el soroll d'aigua que cau i, de la cuina estant, li diu, cridant:

–Frega bé els genolls, eh! Que avui els dus negres!

En Gerard entra a la cuina amb el pijama posat, descalç, i amb els cabells encara regalimant d'aigua, i s'asseu al tamboret del racó. La Clara apaga la ràdio i el sondeja, però ell l'atura i li diu que ja en parlaran en un altre moment, que li sap greu haver donat els cops de porta i haver-li cridat, que ara ja està més bé però no té ganes de converses profundes. La Clara capta el missatge. Torna a engegar la ràdio, fluixeta.

Al cap d'un moment, en Gerard es posa a tallar les pastanagues de l'amanida.

La Clara somriu. Quan passa pel seu costat, per anar a obrir la nevera, l'ensuma i diu:

–Sembles un noi nou, tan net i amb aquesta bona olor que fas!

Se sent el soroll de la batedora d'algú del veïnat. Cada dia, a la mateixa hora, se sent aquella batedora. La Clara fa un crit a la Berta:

–Berta, ja fem el sopar. Que en tens per gaire?!

–Hum, no! Deu minuts!

–Et dutxaràs després de sopar, oi?!

–No, avui no em dutxo, quan he anat a la piscina amb la Sílvia, ja m'he dutxat!

–Quan estiguis, posa't el pijama i soparem! Després de sopar en Gerard agafarà el l'ordinador, d'acord?!

–D'acord, d'acord! –contesta la Berta.

–No l'apaguis! –demana en Gerard.

Una mica sicilians, sí que ho són. Tot això s'ho han dit cridant, d'una punta a l'altra del pis.

El soroll de les voltes de la rentadora entra per la finestra de la cuina.

Havent sopat, en Gerard s'esmuny, sense ni treure's el seu plat i els seus coberts de taula, cap a l'ordinador. A la Berta li falta temps per acusar-lo. La Clara, però, l'interromp:

–Ja els trauré jo, el plat, el got i els coberts d'en Gerard. Al cap i a la fi, ell ha col·laborat a fer el sopar.

–Que mimat que el tens... –diu la Berta, sorneguera.

La Clara, mirant de fit a fit la Berta, es posa el dit índex, dret, davant dels llavis. A callar toquen.

La Berta desapareix cap a l'habitació, s'estira al llit amb el mòbil a la mà. Escriu whatsapps a les seves amigues i a algun amic.

–Gerard, vols que en parlem, del que ha passat abans? –diu la Clara des de l'ampit de la porta de la seva habitació–. No et vull forçar, però potser t'anirà bé explicar-m'ho.

–No, mare, no em passa res... És que volia fer un correu al Marcel. Ho saps que ja ha sortit la sentència? –I, de seguida,

les llàgrimes volen tornar-li a negar els ulls—. Estic molt trist, mare!

La Clara entra, s'hi acosta i l'abraça. “En el darrer any, en Gerard s'ha tornat un expert en dret de família”, pensa la Clara.

—Sí. No t'ho volia dir, encara, fins no saber si es pot recórrer o exactament què passarà. Em sap greu, Gerard, que hakis de veure el teu amic patir. La vida, de vegades, és tan injusta... I els adults, sovint, la fem més complicada i injusta!

A la Clara li falten les paraules. I tant si ho sap, que ha sortit la sentència. Ella també n'està, de trista.

Dissabte, a la festa d'aniversari d'en Marcel —els tan esperats 12 anys!—, en Miquel se la va endur a un racó, lluny de les orelles de la resta de convidats i li ho va explicar, desesperat. Li va dir que no li volia espatllar la festa al Marcel, que li ho explicaria l'endemà.

La sentència atribueix a la mare l'exercici exclusiu de la potestat, amb facultats exclusives per decidir sobre tot, a la vida del Marcel: lloc de residència, escola i, fins i tot, com si d'un aprenent de delinqüent es tractés, la facultat per ingressar-lo, si ella ho vol, a un centre terapèutic.

Per acabar-ho d'adobar, dicta la suspensió de la relació pare-fill, fins que el pare i la mare se sotmetin a una teràpia familiar. En altres paraules, si aquesta sentència s'executés, el Miquel i el Marcel no es tornarien a veure mai més.

Estan una bona estona abraçats. La Clara pensa que totes les persones que coneixen la història del Marcel de prop saben que la mare del Marcel no anirà a cap teràpia ni mediació, sempre s'hi ha negat. Si el Marcel se'n va a viure amb la seva mare, ja es pot oblidar de continuar anant a la mateixa escola, i, si es posa gaire rebel, té l'amenaça de l'internament al centre terapèutic.

Ella tampoc no pot entendre la sentència i confia que els

advocats la podran recórrer i li podran fer obrir els ulls al jutge sobre la realitat de la vida del Marcel. T'è ganes d'agafar el jutge per les solapes per fer-lo reaccionar: no pot arrencar un noi de 12 anys de la seva vida, de la seva gent. En aquesta sentència, en qui menys ha pensat, el jutge, és en el Marcel.

A la Clara li agradaria estalviar el patiment al seu fill, però no pot. En Gerard ja s'ha fet gran i és amic del Marcel, i ella no el pot impermeabilitzar. Fer-se gran és això. Viure en primera persona. Sense el filtre dels adults.

–Ja t'ho ha dit en Marcel? Com està?

–Fotut i emprenyat, mare. Fet una merda.

–Doncs escriu-li, escriu-li, fill. O potser millor que li truquis. Vols trucar-li?

–No, mare, que encara em fotrè a plorar, enlloc de donar-li ànims. Prefereixo fer-li un correu. És que ho trobo molt bèstia, però que molt bèstia!

–D'acord. Et deixo, fill. Fes, fes.

–Mare, li dic que quedem aquest cap de setmana, val?

–D'acord. Ja parlaré amb el pare, i t'hi acompanyaré, si a ells els va bé quedar. O demà li dius tu, al pare, oi que heu quedat per anar a veure un partit, aquesta setmana?

–Ai, és veritat, que aquest cap de setmana estem amb el pare. Bé, doncs li escric el correu al Marcel i li dic que em sap greu, tot plegat. I li pregunto si aquest cap de setmana seran a casa i a veure si ens podem veure.

–És dimecres, aquest partit que has de veure amb el pare? Qui juga?

–Sí, dimecres al vespre. PSG-Barça.

–Ah! I el partit és a Barcelona o allà?

–Mare, allà! A París! Si dic primer el nom de l'altre equip és que juguen allà. T'ho he explicat mil cops!

–Ah! I què juguen? Champions?

—Sí! Mare, deixa-ho córrer. Està clar que no t'interessa gens el futbol —riu en Gerard—. Me'n vaig a dormir, estic cansat. Véns a fer-me el petó de bona nit?

—Quan t'hagis rentat les dents, crida'm, que vindré.

“Llàstima, no ha colat”, pensa en Gerard, que hauria volgut despistar i oblidar-se de rentar-se les dents.

En Gerard ja és al llit, amb les dents netes i, amb la Clara, ja han fet una petita xerradeta. Avui ha tingut molta acció i molta emoció, està cansat. La Clara li ha dit que no hi pensi més, en això del Marcel, que intenti dormir, que ell fa tot el que pot fer: ser el seu amic.

La Clara apaga el llum del quarto del Gerard. Es posa a endreçar la cuina. La Berta li demana on són les faldilles negres, li contesta que són a l'estenedor, que ho miri, que ja es deuen haver eixugat i que, de passada, miri si la rentadora ja ha acabat de rodar. De seguida, veu passar la Berta amb les faldilles a una mà i, a l'altra, el mòbil; li diu que sí, que la rentadora ja ha acabat de rentar. S'hi acosta i li fa un petó de bona nit.

Es queda sola a la cuina. Li ha dit al seu fill que no hi pensi més i ella, mentre treu els plats de l'escorredor, no pot deixar de pensar-hi.

La Berta i en Gerard són cadascun a la seva habitació, el pis ha quedat en silenci. La Clara veu un filet de llum sota la porta de l'habitació de la Berta. “Deu fer whatsapps”, pensa, “i en Gerard ja deu dormir, estava mort de cansament”.

Encén la televisió, d'esma. Asseguda al sofà, mira la tele però no la veu. Està absorta en els seus pensaments que l'encaren amb la conversa que va tenir, temps enrere, amb el Gerard, sobre la seva antiga feina a la DGAIA¹.

¹ Direcció General d'Atenció a la Infància i l'Adolescència (DGAIA). La DGAIA és l'organisme que promou el benestar de la infància i l'adolescència amb risc de marginació social, amb l'objectiu de contribuir al seu desenvolupament personal. També exerceix la protecció i tutela dels infants i adolescents deseparats.

Conversa? Més aviat va ser un interrogatori duríssim d'un noi d'11 anys que comença a revoltar-se davant les injustícies. Aquell dia, va notar que el seu fill començava a fer-se gran.

Feia temps que la Clara dubtava del sentit que tenia la seva feina i de la utilitat de separar uns fills dels seus pares. Creia que en molts casos, massa, era pitjor el remei que la malaltia. La crueltat d'algunes decisions tècniques la superava. Es consolava pensant que, per la seva feina concreta, ella només veia les queixes; segurament, tenia una visió distorsionada de la feina que es feia des de la direcció general on treballava. Només en veia la part lletja.

Les preguntes que en Gerard li va fer aquell dia encara li ressonen.

“Els nens prefereixen viure en aquests llocs que a casa seva?”

“Estem realment segurs, com a societat, que n'hi ha prou amb uns informes d'uns psicòlegs i uns treballadors socials, que invaliden uns pares per a cuidar dels seus fills, per declarar que aquests infants estan desemparats. Podem decidir, per ells, que el que els convé és que els separem dels seus pares?”, pensa la Clara. No només ho pensa, també ho diu fluixet, li surt la veu del pensament.

“I els pares també deuen estar tristos i enfadats quan els prenen els fills, no?”

La Clara sap prou bé que els pares i les mares, els avis i les àvies, els tiets i les tietes, els germans i les germanes i, fins i tot, els propis nens o adolescents, s'enfaden, criden i es revoltent. Perden les formes, alhora que els fan perdre la dignitat. Aquestes reaccions són acuradament recollides als informes dels tècnics que serveixen per subratllar la necessitat de declarar el desemparament, perquè els familiars no col·laboren, i es mostren agressius, fet que demostra que són uns psicòpates

perillosos; o bé per certificar-hi que els nois i les noies estan manipulats per la seva família i no saben què els convé i, per tant, no cal escoltar-los per saber què desitgen.

I tant si ho sap bé, ella. Totes les queixes, per escrit, que anaven adreçades a la directora general i a la consellera, plovién sobre la seva taula.

“Quan han investigat li expliquen al jutge, que els pares no ho fan bé?”

“No, no expliquen res al jutge. Dicten una resolució. Prenen la decisió, administrativament, d’arrencar els nens del seu entorn, dels braços dels seus pares, del seu entorn d’escola, d’amics, de veïns i de la seva gent, sense res que provi un maltractament, i s’autojustifiquen dient-se que tenen la missió de salvar aquests pobres nens i protegir-los. Tot ho fan pel bé dels nens, es diuen a ells mateixos.”

Recorda que en Gerard li va fer notar com se sentiria ell, de trist, havent d’anar a dormir sense un petó de bona nit del pare o de la mare i que, quan la Clara li va dir que els educadors també els feien petons de bona nit als nens del CRAE², va replicar dient-li que els educadors que són allà no compten, perquè, de fet, no hi viuen, fan tornos perquè els nens no es quedin sols, de nit. És la seva feina i cobren per estar amb els nens. Per a en Gerard, aquell petó no compta, no és sincer perquè és a canvi de diners.

Sent que el cervell li explotarà, si segueix pensant en aquell interrogatori que li va fer en Gerard, mesos enrere. Massa preguntes incòmodes amb respostes poc convinents.

S’aixeca. Apaga la televisió, se’n va a al llit.

Dóna voltes i més voltes. No pot dormir. Pensa en els nens

2 Centre Residencial d’Acció Educativa (CRAE). Els centres residencials d’acció educativa són aquelles institucions per a la guarda i educació d’infants i adolescents a qui s’aplica la mesura d’acolliment simple en institució, d’acord amb la mesura que consti en l’informe previ dels equips tècnics competents. L’objectiu d’aquest servei és donar resposta a situacions i necessitats educatives i assistencials que requereixen una especialització tècnica en la seva guarda i educació alternativa a la seva família d’origen.

i les nenes que avui se n'han anat a dormir sense petó, o amb un petó de cobrament.

Encara donarà més voltes al llit, la Clara. De sobte, recordarà que no ha estès la rentadora i s'alçarà, d'una revolada, agafarà la primera jaqueta que trobarà al penjador, se la col·locarà, sortirà a la galeria i estendrà la roba. Els mitjons, aparellats. Anirà classificant les peces, a mesura que les anirà traient de la rentadora. Les calcetes i els calçotets, en un cantó, els draps, a l'altre. I al mig, les peces grosses.

Té fred. Li vénen sis o set esternuts seguits, que intenta apaivagar, té por de despertar algun veí, si els fa gaire forts, enmig del silenci regnant al celobert.

“Potser ens hem tornat tots plegats insensibles i posseïdors de la veritat absoluta i ens hem erigit en garants dels drets dels infants, com si només hi hagués una veritat i com si tots els nens volguessin i necessitessin la mateixa cosa i, el que és pitjor, sense preguntar-los què volen o què els fa feliços, a ells”, la Clara torna a murmurar.

Se'n torna al llit. Quan està amoïnada ho fa, això de parlar en veu alta, la Clara.

Ho recorda bé, tot i que deu fer un any, ja. No, no el fa, encara. Era el mes de setembre de l'any passat quan varen anar a Sitges per primera vegada.

Tanca fort els ulls, voldria dormir, està cansada, però el cervell li ha plantificat davant dels nassos el record del seguit de circumstàncies que varen provocar que en Gerard descobrís l'existència d'en Marcel, i del seu patiment.
